

UN CUENTO DE TOÑO ANGLUO DANERI

ELEGANTE

CON UN DIBUJO DE MARIO SEGOVIA



Entra en el café, elige una mesa oscura del fondo y se sienta a leer un diario. Su nombre completo es José García Juárez, aunque hace unos años era conocido como Elegante. Ése era su apodo, el que otros habían elegido para él, y así lo llamábamos el día en que mató a su padre.

El dueño del café, un valenciano de Poble Sec que no habla catalán, se acerca a tomarle el pedido. Durante unos segundos, *Elegante* despega los ojos del diario. No revisa la carta que le ha entregado el dueño –una hoja de papel A4 forrada en plástico y escrita a mano por ambas caras–. Más bien, le dice algo, unas pocas palabras.

El valenciano grita:

–Un té con leche y un bocadillo de calamares, caliente.

A esta hora de la mañana casi no hay clientes en el café. La gente que suele venir por aquí –burócratas, repartidores de Correos, los borrachos de Paralel de toda la vida– toma su segundo desayuno pasadas las once. Ahora no son ni las nueve, pero al dueño le encanta abrir temprano. Dice que el olor a café recién hecho, a pan fresco, a tortilla de patatas, atrae a los paseantes.

Es difícil que este local pueda oler a todo eso. Desde que abre hasta que cierra las puertas, el valenciano se dedica básicamente a fumar, al igual que su mujer, que es la que lleva la caja. De tres a cuatro paquetes de cigarrillos diarios entre los dos. Y si llega la hija, cinco o seis.

–¿Ya está? –me apura el dueño acercándose a la ventana sin marco que conecta el salón con la cocina.

Recoge el pedido y enrumba hacia donde está sentado *Elegante*. En el trayecto coge una azucarera de vidrio estratégicamente semivacia y un servilletero con dos servilletas.

E L E G A N T E

T O Ñ O A N G U L O D A N E R I

Avanza rápido entre las mesas sin derramar una sola gota del vaso repleto de té con leche. Un cigarrillo cuelga de la comisura de sus labios; es increíble la agilidad que conserva el valenciano a sus setenta y tantos años.

Elegante lo ayuda a acomodar las cosas. Coloca el periódico a un lado, el plato con el bocadillo al otro y el vaso lo más lejos posible. Luce casi idéntico que hace once años. No sólo su misma cara flaca, su misma nariz de púa y su pelo negrísimo peinado con la raya al costado; también su misma ropa: camisa clara de un solo tono, pantalones azules de lanilla, zapatos negros de punta ancha con pasadores. Y, sobre todo, la misma parsimonia en cada uno de sus actos. Como si pensara tres veces antes de hacer cada cosa.

Tal vez lo único que le ha cambiado un poco es la mirada, ahora menos intensa bajo unos anteojos más gruesos; le debe de haber aumentado la miopía. En los tiempos en que José García Juárez era llamado *Elegante*, cargaba siempre un libro en la mano. Recuerdo dos: uno de Voltaire y otro pequeño, de hojas amarillentas dobladas por las puntas, EL DICIONARIO DEL DIABLO. Yo ahora trabajo de cocinero en este café y puedo observarlo sin que él se dé cuenta.

Ha vuelto a concentrarse en el diario. De vez en cuando levanta el bocadillo y le da un pequeño mordisco. Mastica lentamente. Luego toma un sorbo del vaso y traga todo junto, bocado y líquido.

Le decíamos *Elegante* precisamente por eso, por su elegancia para hacer las cosas. Su elegancia al comer, en su vestimenta, al caminar, el tono con el que hablaba y las palabras que elegía al hacerlo. No importaba quién estuviese conversando con él, jamás levantaba la voz y era muy raro que soltara una palabrota. Además hablaba en difícil. No es que utilizara palabras rebuscadas, sino que las ordenaba de tal manera que era complicado seguirle la corriente.

Una vez lo escuché decir algo así como que era necesario desarrollar otra gramática para nuestros quehaceres más cotidianos. Al frente tenía un auditorio pa-

tibulario, maleantes que de cada tres palabras que pronunciaban una era conchatumadre. Y sin embargo él en ningún momento varió el tono ni rebajó la densidad de sus palabras, como si estuviese en una convención de presuntuosos maestros de secundaria. Y cuando se dirigían a él, guardaba silencio y asentía con la cabeza, mirando fijamente a los ojos de su interlocutor, como señal de que de verdad lo estaba escuchando. Y a todos trataba siempre de usted.

Llegan más clientes. Son dos, probablemente vendedores o visitantes médicos por los portafolios que apoyan sobre sus piernas, como si los abrazaran. No son caras conocidas, de modo que por un día el valenciano puede sentirse contento: la costumbre de abrir temprano le ha traído hoy tres nuevos clientes.

—Dos bocadillos de jamón, unas bravas y dos cafés —grita desde la mesa de los vendedores.

Se le ilumina la cara. Acaba de encender su tercer cigarrillo del día.

—Las bravas con alioli —añade.

Conocí a *Elegante* hace unos veinte años, en Lima, aunque en ese tiempo nadie habría imaginado que algún día le dirían *Elegante*. Por aquel entonces, él mismo había elegido su sobrenombre, o *chapa*, como llamábamos a los apodos dentro del partido. Cuando *Elegante* llegó, yo llevaba dos años de militante en el POR, Partido Obrero Revolucionario. Mi gran misión consistía en conducir el Volvo granate de un dirigente que había salido elegido diputado en el Congreso. Yo era su chofer, o perdón, su compañero de transporte.

El día en que conocí a *Elegante*, curiosamente él estaba discutiendo acerca de su sobrenombre partidario. En el local del POR había un pequeño patio interior que usábamos como comedor a la hora del almuerzo. Nos teníamos que sentar por turnos, porque no había suficientes mesas para los treinta y pico que llegábamos a comer allí cada mediodía. Yo estaba esperando el segundo turno cuando escuché que alguien le decía a *Elegante*:

—Oiga, compañero, ¿por qué ha elegido el nombre de un animal para su *chapa*? Le pedimos un poco más de seriedad, compañero.

Elegante no sonrió. Ni siquiera hizo un gesto que pudiese incomodar al hombre que lo interrogaba. Sólo dijo:

—Le sugiero revisar la historia revolucionaria de este país, compañero.

Como nadie pareció entender lo que había querido decir, otro que comía a su lado se animó a terciar, aunque no sin cierta ironía:

En los tiempos en que José García Juárez era llamado *Elegante* cargaba siempre un libro en la mano. Recuerdo dos: uno de Voltaire y otro pequeño, de hojas amarillentas dobladas por las puntas, EL DICIONARIO DEL DIABLO. Yo ahora trabajo de cocinero en este café y puedo observarlo sin que él se dé cuenta

—A ver, compañero *Del-fin*, explíquese.

Varios rieron.

—*Delfín* —dijo finalmente *Elegante*— es el nombre de una leyenda del anarquismo peruano. A mí ese nombre me honra, y espero llevarlo siempre.

No lo dijo con arrogancia. Al contrario, pareció que se disculpaba por tener que explicar algo que para él resultaba obvio.

Después de aquella vez, yo sentía que algunos esperaban que llegara *Elegante* —es decir, el compañero *Delfín*— para sentarse a comer a su lado. Yo era uno de ellos, y hasta trataba de memorizar alguna de sus frases, aunque sólo fuese para repetírmela después y descifrar su significado. Solían preguntarle muchas cosas, pero casi nunca sobre ideología, porque para eso estaban los compañeros de doctrina. Con todo, él prefería a veces no responder. Decía: antes déjeme investigar, compañero, porque ya sabe lo que decía el camarada Mao: quien no investiga no tiene derecho a opinar.

Mi apodo partidario sí que era horrible: *Ilich*. Ya podría haberlo olvidado si no fuese porque en cierta ocasión *Elegante* hizo un comentario acerca de los apodos en los partidos de izquierda. Dijo que había que castellanizar la lucha revolucionaria. No todos pueden ser nombres rusos, dijo, refiriéndose a la mayoría de sobrenombres que elegían los militantes del POR: Vladimiro, Josif, Catarina, León, Iskra. No sé si los demás, pero yo sentí mucha vergüenza.

Ahora el valenciano se ha acercado a la mesa de *Elegante*. Todavía no ha terminado de comer. El vaso de té con leche se ve casi lleno, y del bocadillo no ha comido ni la mitad, pero parece que está pidiendo la cuenta.

Sí, se levanta de la silla, sacude las migas de su camisa, se reacomoda los anteojos y deja un solo billete sobre la mesa. Es bastante más de lo que debería pagar: una buena propina para el dueño y medio bocadillo de calamares que guardará para mi desayuno.



Ha regresado. No lo había visto en once años y en un solo día lo estoy viendo dos veces, a miles de kilómetros de Lima. Barcelona ya no es lo que era. Barrios como el Poble Sec se han llenado de inmigrantes como yo, sudamericanos que llegamos después que los chinos y árabes, mucho después que los gallegos y andaluces, antes que los negros africanos. Aquí, en este mismo café, he visto desfilar a cientos de peruanos, compatriotas con mejor o peor suerte, nostálgicos que comen el pulpo a la gallega con gotas de limón, como si fuese una insípida variante del cebiche. ¿Por qué no podía aparecer también por aquí alguien como *Elegante*? Barcelona, ciudad cosmopolita, para gente que cambia de vida o que huye de algo.

El local es un hervidero de clientes. Casi todos piden el plato de la noche, que hoy es cazuela de merluza, y la mayoría acompaña su plato con una cerveza. Algunos piden café. Otros cocacolas. Unos pocos se animan por una copa de jerez o un chupito de orujo.

A las diez cerraré la cocina y se la dejaré encargada al asistente que me ayuda por las noches. El asistente es un muchacho filipino que aprende rápido. Algún día el dueño sacará cuentas de nuestros sueldos –lo más seguro es que lo haga su mujer– y me pondrá de patitas en la calle.

Esta noche ha venido también la hija del dueño. Es ella la que ha tomado el mando del café y se mueve de un lado a otro, atendiendo las mesas, sirviendo los pedidos, fumando. Ahora se acerca a la ventana de la cocina.

–Vamos, hombre, que hay que apurar esos platos –dice la hija.

No recuerdo cómo se llama y trato de esquivar su mirada.

–¿Cuántas merluzas eran? –le pregunto por decir algo.

–Cinco, y dos más, siete. Ah, y un té con leche. ¡Andando!

El té con leche –el segundo no sólo del día, sino en varios meses– debe de ser para Elegante.

Esta noche, *Elegante* lleva puesta una chaqueta de botones abrochada hasta la barriga. Y trae un libro, pero no lo lee; lo ha colocado encima de su mesa, ubicada cerca de la puerta de entrada, acompañando a un antiguo cliente que se sienta siempre en el mismo sitio y pide aceitunas rellenas, media barra de pan y mejillones en escabeche. Ninguno se dirige al otro; el antiguo cliente está concentrado mirando la televisión.

Desde la hora del almuerzo, el dueño enciende el televisor y no lo apaga hasta que se va. Casi siempre va saltando de un telediario a otro, con el control remoto pegado a la mano, pero esta noche pasan un partido del Barça y los clientes no admitirían otra cosa. El fútbol es la auténtica dictadura del pueblo.

Elegante también está mirando el fútbol cuando la hija del dueño le lleva su té con leche, que agradece con una venia ceremoniosa.

La última vez que vi a Elegante antes de hoy fue la mañana en que mató a su padre. Fue un hecho extraño, y estoy seguro de que debió ser la primera vez que Elegante disparaba un arma.

Cuando el POR se disolvió, entre otras cosas por el autogolpe de Estado que dio Fujimori en abril del 92, varios de los militantes no supimos qué hacer. Algunos sólo teníamos trabajo gracias al partido y otros eran sindicalistas en empresas públicas de las que, después de ser privatizadas, despidieron a todos los comunistas y sospechosos de comunistas. La estampida fue general. Los más afortunados abrieron pequeños negocios con ayuda de sus familias, muchos se fueron como ilegales al extranjero –especialmente a los Estados Unidos– y otros alquilaron autos para hacer taxi. O se hicieron vendedores ambulantes.

Yo conseguí trabajo como chofer de un comerciante de telas, pero como el tipo llevaba tres meses pagándome apenas la cuarta parte del sueldo, renuncié y encontré un puesto de portero nocturno en un edificio.

Hasta que un día *Elegante* –aún el compañero Delfín– me fue a buscar a mi casa. Lo acompañaba otro ex compañero del partido del que ahora sólo logro recordar su último apodo, *Calavera*, ya que como era tan flaco y se había cortado el pelo al rape, se le notaban los huesos del cráneo. Ambos llegaron una mañana en que caía una persistente llovizna; lo recuerdo porque, a pesar de eso, no aceptaron mi invitación a entrar en la casa. Elegante me preguntó:

–¿Hay un parque por aquí cerca?

–Sí –le dije.

Y empezamos a caminar, los tres en silencio, bajo la garúa.

Al llegar al parque fue *Calavera* el que más habló, como si de pronto se hubiera convertido en el muñeco ventrílocuo de *Elegante*.

–¡Me cago en Dios! ¿Qué pasa con esas merluzas?

El valenciano acaba de irrumpir furibundo en la cocina.

Entre el grito que ha dado y las bocanadas de humo que no dejan de salir de su boca, ha comenzado a toser como un tísico. Por lo visto en el salón se ha levantado

una protesta por la demora con los platos. El Barça debe de ir perdiendo.

El asistente de cocina se pone nervioso.

–Se acabó lo que había –le digo al dueño–. Estamos haciendo más.

–En cinco minutos salen todos los platos, jefe –me secunda el chico filipino, solícito.

El dueño quiere respondernos, pero la tos se lo impide. Tiene el cuerpo medio inclinado hacia abajo, con una mano en el pecho y el cigarrillo en la otra.

–Vamos a ver –dice por fin, aguantando la respiración y dando unos pasos hasta ponerse frente al filipino–. Tú, pon una paella con bastante aceite.

Luego se gira y me dispara una mirada de odio.

–Y tú –me dice, señalándome con el cigarrillo–, saca la merluza de la cazuela y fríela directamente. ¿Acaso no sabes? Vamos, rápido, rápido, rápido.

El valenciano se queda en la cocina hasta que cumplamos sus órdenes y empiecen a salir los primeros platos de esta nueva tanda.

Afuera, sin embargo, siguen protestando y pidiendo más.

Calavera era un antiguo obrero y sindicalista de los aserraderos de la selva del Perú que para el día en que llegó con *Elegante* a mi casa hablaba como un maleante. Su argumento para convencerme se podría resumir con estas palabras: antes queríamos un fusil para hacer la revolución, conchasumadre; ahora usemos los fusiles para sobrevivir.

–Nuestro objetivo –agregó *Calavera* con una solemnidad teatral– sigue siendo el mismo, compañero: repartir mejor la riqueza.

Exceptuando la mentada de madre, ambas frases tenían que provenir de *Elegante*. Pero como yo debía lucir desconcertado, *Calavera* debió pensar que no lo había entendido y de inmediato tradujo su discurso a palabras más sencillas:

–Un trabajito, compañero. Uno nomás, conchasumadre, y salimos de pobres. ¿Me entiendes? Una sola vez

y nos quedamos tranquilos para el resto de nuestras vidas. Un trabajito, uno nomás. ¿Me estás entendiendo, compañero?

Como siempre he sido de pocas palabras, desde esa primera reunión *Calavera* cambió mi viejo apodo de *Ilich* por el de *Mudo*. *Mudo* por aquí, *Mudo* por allá. Para entonces ya llamaba *Elegante* al compañero Delfín, o sea, a José García Juárez, y por lo que me iría enterando en los días siguientes, incluso habían participado juntos en un intento de asalto fallido a una farmacia, del que habían salido ilesos y sin que la policía los pudiera identificar. Aun así, *Elegante* estaba seguro de que con un buen golpe –uno solo, bien dado, repetía *Calavera* como un mantra– podíamos reinventar nuestras vidas.

Ésa sería una palabra que *Elegante* habría de repetirme varias veces a lo largo de las semanas previas al asalto: reinventarnos, reinventar nuestras vidas, regalarnos a nosotros mismos una segunda oportunidad para empezar de nuevo. O lo que para él debía de significar lo mismo: desarrollar otra gramática para nuestros quehaceres más cotidianos.



Son las diez y media de la noche, ya ha pasado mi hora de salida, aunque sé que es imposible llegar hasta la puerta sin que *Elegante* me vea.

No se ha movido de su sitio y continúa mirando el fútbol. Casi todas las mesas están cubiertas por botellas de cerveza y la mayoría vocifera dirigiéndose al televisor. Hace unos minutos ha comenzado el segundo tiempo. En la misma mesa de Elegante se han acomodado cinco clientes más, apiñados, concentrados en las imágenes. Todos en el café han celebrado un gol, aunque han maldecido dos. Es evidente que el Barça está perdiendo.

Me pregunto qué pensaría *Elegante* si me viese aparecer de pronto en el salón. Se sorprendería, sin duda. Pero, ¿se enfadaría? Hace once años que no nos vemos y ahora todo ese tiempo pesa en mi conciencia como una

E L E G A N T E

T O Ñ O A N G U L O D A N E R I

enorme piedra en la cabeza. Nunca lo visité mientras estuvo en la cárcel. No lo hice a pesar de que los tres, junto con *Calavera*, juramos ayudarnos mutuamente si alguno caía en el asalto. ¿*Elegante* lo habría hecho por mí? Sin duda, sí.

Los problemas empezaron cuando *Calavera* trajo a dos amigos, según él, para asegurarnos de que las cosas salieran bien. En el fondo, no confiaba tanto en *Elegante*. *Calavera* los comenzó a llamar también

Una vez escuché a *Elegante* decir que era necesario desarrollar otra gramática para nuestros quehaceres cotidianos. Al frente tenía un auditorio patibulario, maleantes que de cada tres palabras que pronunciaban una era conchatumadre. Y sin embargo él en ningún momento varió el tono ni rebajó la densidad de sus palabras. A todos trataba siempre de usted

compañeros, aunque era obvio que ambos jamás habían militado en un partido. Eran delincuentes vulgares, violentos, ordinarios, insensibles al liderazgo que trataba de ejercer *Elegante*. Es más, en un principio era como si no pudiesen comprenderlo, pero luego, cuando cayeron en la cuenta de que él era así, que no estaba actuando, que de verdad leía los libros que cargaba consigo, comenzaron a burlarse de él.

Uno de ellos, el más viejo, peleó por ponerse al mando de inmediato.

—¿Así que te gusta que te digan *Elegante*? —se rió una noche en que estábamos comiendo en un bar de maleantes.

Allí, *Elegante* cometió su primer error. Es decir, el segundo, después de permitir que esos dos se sumaran a nuestra célula —así nos hacíamos llamar, célula, para no llamarnos equipo ni grupo ni, por supuesto, banda—. Contagiado por *Calavera*, *Elegante* trató al viejo de compañero, y, como siempre, de usted.

—No alcanzo a comprender su broma, compañero —le dijo *Elegante*.

Fue poner la otra mejilla para que le siguieran pegando.

—*Elegante* es demasiado maricón para mi gusto —siguió burlándose el viejo—. Y tú me pareces demasiado imbécil para dirigir esto.

Nadie respondió nada. Peor: el viejo y el otro amigo de *Calavera* soltaron una carcajada estruendosa y feliz, con aplausos y palmadas sobre la mesa, con lo cual dejaban en claro que el viejo había llegado para ponerse al mando.

Desde esa noche, *Elegante* comenzó a quedarse solo. El viejo y su amigo no sólo fueron los que consiguieron las armas, sino que se ganaron rápidamente a *Calavera*, que pronto empezó a hablar y drogarse igual que ellos. En cuanto a mí, no sólo me había ganado el derecho al silencio por mi acostumbrada mudez, sino que sospecho que todos, incluso *Elegante*, me veían como a una especie de mal necesario. Llegada la hora, mi misión consistiría en tener el auto encendido para fugar. El chofer, el compañero de transporte, un ser insignificante.

De modo que la supremacía del viejo ya era absoluta la noche previa al asalto, cuando nos reunimos para esperar simplemente que pasaran las horas, descansando cuanto podíamos, drogándose ellos, ansiosos todos. Fue cuando el viejo nos hizo jurar lo que él llamó un pacto de familia:

—Si uno cae herido —dijo mirando a uno por uno a la cara— el que esté más cerca está obligado a rematarlo. Un balazo en la cabeza, directo, a la firme, sin mariconadas.

Y con los ojos desorbitados clavados en *Elegante*, agregó:

—Aquí nadie quiere soplones, conchasumadre. Y nomás los muertos no hablan.

Todos acaban de gritar. Se han levantado de sus sillas, maldicen, golpean los puños contra las mesas. Otro gol del equipo contrario. La debacle.

Miro a través de la ventana y confirmo que *Elegante* sigue allí, aunque no se ha movido de su silla ni grita ni se consuela con nadie.

Le pido al asistente que llame al dueño.

—Me voy a quedar —le digo cuando el valenciano se acerca a la ventana.

—Bien —responde casi sin mirarme—, hoy cerraremos más tarde.

Y se marcha a toda velocidad, a seguir viendo el fútbol.

Ya nadie pide comida, pero siempre hay cosas que hacer en una cocina. Me entretengo preparando algo para mí y para el filipino. Ni él ni yo cenaremos aquí; como de costumbre, nos llevaremos la comida a casa. Sin saber por qué, pienso en mi mujer, en mis hijos; uno vive en Lima, el otro quién sabe dónde.

—Cómeme mi plato —le digo al muchacho.

—¿Qué le pasa, jefe? ¿Está triste o no tiene hambre?

—No —le digo.

Caigo en la cuenta de que ésa no es una respuesta a su pregunta. Detesto sus ojos entre compasivos y curiosos, así que añado, para que me deje en paz:

—Seguro que encontraré a mi mujer ya durmiendo.

El asalto nos resultó pésimo. Hubo un tiroteo con la policía, mataron a *Calavera*, su amigo joven huyó de la forma que pudo e hirieron al viejo por la espalda. Delante de él corría *Elegante*, aunque al escucharlo caer se detuvo en seco, giró, regresó lentamente y apuntó su pistola directamente hacia su cabeza.

Para entonces, los policías que venían detrás también se habían detenido y observaban paralizados la escena, con sus revólveres levantados, nerviosos, sin atreverse a nada. Yo estaba estacionado a unos pocos metros de allí, así que pude escuchar a *Elegante* cuando le decía al viejo:

—Éste era el pacto, compañero. Ya sabe: nomás los muertos no hablan.

Y le disparó contra la boca abierta.

Después de eso se inclinó, arrojó la pistola y levantó los brazos.

Apagué el motor y me quedé allí, viéndolo todo como un espectador más, tan desconcertado como los curiosos que pronto comenzaron a arremolinarse alrededor del cadáver del viejo, de *Elegante* y de los policías que ya lo tenían cercado y le ponían las esposas.

Al día siguiente lo leí en los diarios: un asaltante de bancos asesina a su propio padre, el conocido delincuente José Luis García. Debajo había una breve narración del asalto y la biografía carcelaria del viejo. Acerca de *Elegante* sólo se mencionaba su nombre, José García Juárez, y que tras haber disparado a su padre se había entregado a la policía sin oponer resistencia.

—Un bocadillo de calamares, caliente —grita ahora el valenciano desde el salón—, para llevar.

—Yo lo hago —le digo al muchacho—, tú ve a mirar el partido, que debe de estar por acabar.

Al entregar el pedido aprovecho para lanzar una mirada al salón. *Elegante* ha apoyado su libro en la barra y le está pagando al dueño. Por fin se irá de aquí.

Voy al trastero de la cocina, me quito el delantal percutido, cojo el abrigo y mi gorra de lana del perchero. Esperaré unos minutos y saldré discretamente. Quizá coja un taxi hasta la siguiente parada de metro.

Me estoy alistando cuando escucho la voz del valenciano a mis espaldas:

—Tú —me dice.

Espera que me gire a mirarlo y añade con brusquedad:

—Te están esperando.

Con la gorra ya en la cabeza y el abrigo a medio abotonar, permanezco de pie en medio de la cocina, sin atreverme a responder nada.

El dueño me observa como uno de esos padres que pegan a sus hijos y yo me siento un niño que acaba de cometer una espantosa travesura.

—Te están esperando —repite de mala gana—. Vete. Pero mañana no llegues tarde.

Conchatumadre, pienso.★